



Hacia una subjetividad sostenible: pensar la crisis ecológica desde la razón poética de María Zambrano*

Jorge Valle Álvarez
Universidad de Salamanca  

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.87794>

Recibido: 16/04/2023 • Aceptado: 19/09/2023

ES Resumen. La crisis ecológica supone la «Gran prueba» que debe afrontar la humanidad a lo largo de este siglo, pero las soluciones propuestas hasta el momento por los círculos económicos y políticos internacionales pasan por un capitalismo verde que no cuestiona las premisas filosóficas que sustentan el racionalismo moderno y que estarían en la base de la actual crisis: el antropocentrismo extremo, la desvalorización de la Naturaleza y el consecuente dominio del ser humano sobre el mundo natural. Así pues, en este artículo se propone ampliar la noción de sostenibilidad al campo de la filosofía, con el objetivo de alumbrar una nueva subjetividad sostenible que revalorice la Naturaleza y se sepa integrada y no radicalmente separada de ella. Con este fin, se pretende pensar la crisis ecológica desde la filosofía de María Zambrano, que frente a los excesos del racionalismo y el predominio de una razón soberbia, dominante y destructiva que aísla al ser humano y violenta e instrumentaliza el mundo, propone una razón poética que, por el contrario, es humilde, persigue la unión del ser humano con lo otro y se alza sobre el amor hacia la Naturaleza.

Palabras clave: Crisis ecológica; María Zambrano; Razón poética; Subjetividad sostenible.

EN Towards a sustainable subjectivity: thinking the ecological crisis from the poetic reason of María Zambrano

EN Abstract. The ecological crisis is the “Great Test” that humanity must face throughout this century, but the solutions proposed so far by international economic and political circles are based on a green capitalism that does not question the philosophical premises that underpin modern rationalism and which are at the root of the current crisis: extreme anthropocentrism, the devaluation of Nature and the consequent dominance of human beings over the natural world. This article therefore proposes to extend the notion of sustainability to the field of philosophy, with the aim of illuminating a new sustainable subjectivity that revalues Nature and knows itself to be integrated and not radically separated from it. To this end, the aim is to think about the ecological crisis from the perspective of the philosophy of María Zambrano, who, faced with the excesses of rationalism and the predominance of an arrogant, dominant and destructive reason that isolates human beings and violates and instrumentalises the world, proposes a poetic reason that, on the contrary, is humble, pursues the union of human beings with the other and is based on the love of Nature.

Keywords: Ecological crisis; María Zambrano; poetic reason; sustainable subjectivity.

Sumario: 1. Introducción. 2. Contra los excesos del racionalismo. 3. La violencia del pensamiento filosófico frente al apego al mundo de la poesía. La razón poética como alternativa a la razón instrumental. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Valle Álvarez, J. (2024). Hacia una subjetividad sostenible: Pensar la crisis ecológica desde la razón poética de María Zambrano. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 41(3), 641-651.

¹ (*) Este artículo se ha desarrollado en el marco de la investigación llevada a cabo en el subproyecto PID2020-113413RB-C32 «Herramientas conceptuales del futuro inmediato: Por una subjetividad sostenible», y que forma parte del proyecto general «Por una historia conceptual de la contemporaneidad», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

1. Introducción

En 1962, la zoóloga estadounidense Rachel Carson publicó un libro que, con el paso de las décadas, ha acabado erigiéndose en una especie de «Biblia de los movimientos ecologistas»²: *Primavera silenciosa* inspiró todo un movimiento global de preocupación y cuidado hacia la Naturaleza que no ha hecho más que crecer desde entonces. Aunque en su momento Carson estuviese, como una Casandra moderna, condenada a no ser creída, el tiempo le ha terminado dando la razón y hoy la crisis ecológica supone, en palabras de Jorge Riechmann, la «Gran prueba» que debe afrontar la humanidad a lo largo de este siglo³. Desde que Carson denunciara la «extraña quietud» en la que se había sumido una «primavera sin voces», en la que «sólo el silencio se extendía sobre los campos, los bosques y las marismas»⁴, se han sucedido con notable frecuencia cumbres sobre el clima y acuerdos de reducción de emisiones firmados por casi todas las naciones del mundo⁵, pero el compromiso de los países para avanzar hacia un futuro verde y descarbonizado está todavía hoy lejos de ser una realidad firme y compartida por todos.

Las consecuencias de esta crisis ecológica —el aumento del nivel del mar y de la temperatura global, la reducción de la biodiversidad y la extinción de numerosas especies, la deforestación y la desertificación, el desabastecimiento de materias primas y energía, o la desestabilización de territorios y el crecimiento de flujos migratorios recorridos ahora por «refugiados climáticos»—, son cada vez más patentes y difíciles de ignorar, y estarían encaminando a la civilización humana, como apuntan ya algunos autores, hacia el horizonte del colapso⁶. Pese a ello, las soluciones propuestas por los círculos políticos y económicos internacionales pasan por una reforma tímida e insuficiente del sistema económico y productivo: el llamado *Green New Deal*, un capitalismo verde que realizaría el oxímoron de querer seguir

creciendo ilimitadamente sin tener en cuenta los límites de la biosfera y el cuidado de la Naturaleza⁷.

La supuesta sostenibilidad de este capitalismo de rostro humano y color verde ha sido cuestionada, no obstante, desde algunas posiciones del ecologismo y el ecofeminismo, críticas con el actual modelo de producción y consumo, y para las que la solución a la crisis ecológica de tintes trágicos ante la que se encuentra la humanidad no puede pasar por una reforma de un sistema que se ha mostrado despiadado con la Naturaleza desde sus mismos orígenes históricos, sino en transformar de raíz las premisas filosóficas y culturales que lo sustentan y que han dado forma al racionalismo moderno: el antropocentrismo extremo, la desvalorización de la Naturaleza y el consecuente dominio del ser humano sobre el mundo natural. En este sentido, Riechmann critica el insoportable nihilismo de la cultura dominante, «antes dispuesta a la inhabilitación de la Tierra y a la extinción de la especie humana que a cuestionar el capitalismo»⁸, y apuesta por un ecologismo anticapitalista que combata la *hybris* humana. Para él sería necesario contraponer al «utopismo capitalista que (...) exhibe su orgullosa voluntad de ignorar los límites» una opción sostenible que estibaría básicamente en «vivir dentro» de ellos⁹. Así, el concepto de sostenibilidad, que nació en el campo del desarrollo económico¹⁰ y que lleva en su propia definición la noción de límite —en 1972 el Club de Roma advertía en su informe *Los límites del crecimiento* de los riesgos que entrañaba para el planeta y para la humanidad entera un crecimiento ilimitado

² Así lo cree José Manuel Sánchez Ron quien, en el prefacio que escribe a la edición de Crítica de la obra de Carson, sitúa en 1962, año de la publicación de *Primavera silenciosa*, el surgimiento del ecologismo, movimiento que, en palabras del político estadounidense Al Gore, «podría haberse visto retrasado durante mucho tiempo, o no haber aparecido nunca» sin el libro de Carson. Sánchez Ron, José Manuel. «Prefacio», En: Carson, Rachel. *Primavera silenciosa*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 7-8.

³ Para Riechmann, no hay cuestión ético-política alguna que tenga, ni de lejos, la importancia de la crisis ecológico-social que se ha gestado durante los decenios últimos y como culminación de un proceso que arranca mucho más atrás. Riechmann, Jorge. «Repensando la sostenibilidad desde la ética», En: Enríquez Sánchez, José María; Duce Díaz, Carmen; Miguel González, Luis Javier (coords.). *Repensar la sostenibilidad*, UNED, Madrid, 2020, p. 163.

⁴ Carson, Rachel. *Primavera silenciosa*, op. cit., p. 18.

⁵ Por poner sólo algunos ejemplos, desde los años noventa se han celebrado cumbres mundiales sobre el clima en Berlín (1995), Kyoto (1997), Bali (2007), Copenhague (2009), Cancún (2010), Doha (2012), París (2015) o Madrid (2019).

⁶ Véanse, al respecto: Servigne, Pablo; Stevens, Raphaël. *Colapsología: El horizonte de nuestra civilización ha sido siempre el crecimiento económico. Pero hoy es el colapso*, Arpa, Barcelona, 2020; Taibo, Carlos. *Colapso: capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*, Catarata, Madrid, 2020; Baquedano, Manuel. *Colapso: cuando el clima lo cambia todo*, Cuarto Propio, Santiago, 2019; Turiel, Antonio. *Pretocalipsis: crisis energética global y cómo (no) la vamos a solucionar*, Alfabeto, Barcelona, 2020.

⁷ Jeremy Rifkin se muestra convencido de que el Green New Deal supone un audaz plan económico no solo para salvar el planeta, sino también para crear nuevas oportunidades comerciales y emplear a millones de trabajadores desfavorecidos en una emergente economía verde, basada en el abandono del carbono y los combustibles fósiles y la apuesta por las energías solar y eólica. Para él, «la aparición de la burbuja del carbono y de los activos obsoletos de los combustibles fósiles, junto a un movimiento popular a favor de un Green New Deal, abre una ventana a la posibilidad de un cambio estructural hacia una era ecológica próxima al carbono cero en los próximos veinte años». Rifkin, Jeremy. *El Green New Deal global: por qué la civilización de los combustibles fósiles colapsará en torno a 2028 y el audaz plan económico para salvar la vida en la tierra*, Paidós, Barcelona, 2019, pp. 12-21.

⁸ Riechmann, Jorge. «Contra el insondable nihilismo que prevalece, precisamos una cultura galiana», *ctxt*, 23/22/2020. [27/03/2023]. <https://ctxt.es/es/20201101/Firmas/34194/Jorge-Riechmann-doblado-medioambiente-cambio-climatico.htm>

⁹ Riechmann, Jorge. *Gente que no quiere viajar a Marte*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004, pp. 36-37.

¹⁰ José María Enríquez Sánchez define la sostenibilidad como la cualidad de un sistema que se puede mantener durante largo tiempo; así, un sistema económico será sostenible cuando no sufra grandes interrupciones que pongan en serio cuestionamiento sus principios. Fue en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), adoptada en Río de Janeiro el 9 de mayo de 1992, cuando se dio una amplia cabida a la expresión «desarrollo sostenible», recuperando el objetivo que allá por 1987 concretara la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo (CMMAD) en los siguientes términos: «Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, duradero o sea, asegurar que se satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias». Enríquez Sánchez, José María. «La idea originaria de sostenibilidad», En: Enríquez Sánchez, José María; Duce Díaz, Carmen; Miguel González, Luis Javier (coords.). *Repensar la sostenibilidad*, op. cit., pp. 123-127.

del uso de recursos naturales—, debe ampliarse al campo de la subjetividad para alumbrar una nueva forma de pensar y de estar en el mundo que sea consciente de cuáles son esos límites y actúe en consecuencia.

José María García Gómez-Heras, catedrático emérito de la Universidad de Salamanca y especialista en ética del medioambiente, sostiene en esta línea que la cuestión básica que configura la antropología y filosofía del siglo XX, y que retorna hoy al primer plano de la reflexión bajo presión de la crisis ecológica, no es otra que qué es el hombre y cuál su puesto en el cosmos; y que la filosofía racionalista que ha dado forma a la Modernidad ha olvidado los límites de lo que significa lo humano¹¹ y ha basado su relación con la Naturaleza en el señorío y el dominio¹². Así pues, para responder en la era del cambio climático a la pregunta qué es el ser humano y cuál debe ser su posición respecto a la Naturaleza, se propone en este artículo retomar el hilo de una larga tradición filosófica que, ya desde los propios inicios de la Modernidad, se ha mostrado crítica con el antropocentrismo extremo y la divinización del ser humano, la instrumentalización de la Naturaleza y el sometimiento de esta al progreso humano, y la lógica de dominio que ha caracterizado la razón filosófica-científica en los últimos tres siglos.

Una razón lógica, matemática y arquitectónica, como la denominaba María Zambrano, como habría conducido a la humanidad al precipicio ante el que se encuentra actualmente. Aunque nunca se considerase a sí misma ecologista, la pensadora veleña dejó reflejada en sus escritos la preocupación que sentía por la destrucción a la que estaba siendo sometida la Naturaleza y poseyó desde pequeña una profunda sensibilidad hacia el mundo natural, como demuestran algunas de sus cartas y sus textos más personales —«con lo sensible que yo soy a la vida de la Naturaleza, cada aliento suyo me hace vibrar toda», le dirá a Gregorio del Campo, su novio en la adolescencia, en 1924—¹³. Desde los inicios de su filosofía, Zambrano persiguió la unión del ser humano —al que llamaba el «heterodoxo cósmico», el «exiliado»— con lo otro, abogando por una libertad «que no rompa los cables que al hombre le unen con el mundo, con la naturaleza, con lo sobrenatural. Libertad fundada, más que en la razón, en la fe, en el amor»¹⁴.

Toda su filosofía nace como respuesta a la crisis de la Modernidad —aún no resulta— y, aunque Zambrano fue una pensadora que se dedicó a pensar

su propio tiempo y su propia realidad, su «filosofía de crisis», como bien la ha denominado Ana Bundgard¹⁵, constituye un campo fértil para criticar los excesos del racionalismo causantes de la crisis actual —prolongación moribunda de la anterior— y definir un nuevo sujeto humano que sea capaz de llevar a cabo las exigencias de sostenibilidad que marcan el futuro inmediato de la humanidad. Así, para avanzar hacia una nueva definición de ser humano, una nueva subjetividad consciente de sus límites, integrada en la Naturaleza y no separada radicalmente de ella —lo que se llamará una *subjetividad sostenible*—, que sepa sostener la mirada ante lo que viene y, sobre todo, sostener la vida humana en la Tierra de la mejor manera posible, se propone pensar la crisis ecológica —tanto las causas, en el primer apartado del artículo; como las posibles soluciones, en el segundo— desde el prisma de la filosofía de María Zambrano quien, frente al predominio de una razón soberbia, dominante y destructiva que aísla al ser humano y violenta e instrumentaliza el mundo, propone una razón poética que, por el contrario, es humilde y se alza sobre el amor hacia la Naturaleza.

2. Contra los excesos del racionalismo

En la cosmovisión que ha predominado a lo largo de gran parte de la historia humana, y que ha sido compartida por la inmensa mayoría de las culturas, los seres que poblaban el mundo —no sólo los animados, sino también los inanimados: las montañas, las nubes, los ríos— poseían un alma, un espíritu, una dignidad. Todo estaba supeditado a fuerzas extraordinarias y sobrehumanas en la Naturaleza, lo que obligaba al ser humano a respetarla bajo pena de ser escarmentado por los dioses¹⁶. Ello confería a la realidad natural un halo de sacralidad y misterio que el entendimiento humano se veía incapaz de desvelar en su totalidad. Sin embargo, desde la Ilustración y la Revolución Científica y su apuesta por la razón como única fuente de luz de la humanidad, la Naturaleza ha sido desacralizada y racionalizada por entero: los árboles ya no poseen alma, sino átomos, cuyos movimientos pueden calcularse además con precisión, al obedecer a leyes naturales y racionales que el ser humano conoce a través de su razón. Este fenómeno, definitorio del racionalismo moderno, ha sido denominado por el sociólogo alemán Max Weber como el «desencantamiento del mundo» que, en palabras suyas, ha extendido la creencia de que «no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos o imprevisibles» sino que, por el contrario, todo —también la Naturaleza— «puede ser dominado me-

¹¹ Riechmann sostiene que en el ser humano no deberíamos ver ni animal, ni dios, ni máquina, sino una criatura de frontera. Propone así renunciar a ser dioses y no huir de lo humano, abandonando nuestra huida «antropófuga» que nos lleva a ambicionar la superación de cualquier límite humano, y recordándonos que la omnipotencia es un atributo exclusivamente divino. Riechmann, Jorge. *Gente que no quiere viajar a Marte*, op. cit., pp. 36-37.

¹² García Gómez-Heras, José María. «Fundamentación filosófica de la ecoética: el principio de la copertenencia hombre-naturaleza». En: Enríquez Sánchez, José María; Duque Díaz, Carmen; Miguel González, Luis Javier (coords.). *Repensar la sostenibilidad*, op. cit., pp. 147-148.

¹³ Carta de María Zambrano a Gregorio del Campo (30 de enero de 1924). Zambrano, María. *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, ed. de M. Santiago Bolaños, Linteo, Ourense, 2012, pp. 112-113.

¹⁴ Zambrano, María. *Horizonte del liberalismo*, OCCC., I, ed. de Jesús Moreno Sanz, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015, p. 104.

¹⁵ Bundgard, Ana. *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Trotta, Madrid, 2000, pp. 33-38.

¹⁶ La belleza de la mitología griega es clara al respecto: ni siquiera el todopoderoso Agamenón, rey de Micenas, conquistador de la inexpugnable Troya, escapa al castigo de la diosa Artemisa por haber matado uno de sus ciervos sagrados. La existencia de los bosques druidicos en la cultura celta, habitados por deidades locales, y cuya característica común era la inviolabilidad —sólo podían entrar en ellos los sacerdotes o druidas que, en ningún caso, podían talar los árboles— constituye asimismo un ejemplo, lejano ya en el tiempo, de cuidado y respeto hacia aquello que se consideraba sagrado.

dian­te el cálculo y la precisión»¹⁷. Es decir, mediante su racionalización.

Gómez-Heras afirma, no obstante, que el desencantamiento del mundo no remitiría tanto a la desaparición de una espiritualidad de corte religioso o mágico hacia la Naturaleza y a la sustitución de esta por una visión racionalista del mundo, como a un «proceso de desaparición de valores éticos y estéticos en la sociedad contemporánea de la eficacia y productividad», proceso que supone el triunfo del «reino de la razón instrumental, interesada más por la rentabilidad de nuestras decisiones que por los valores que debieran regirlas»¹⁸. Esta razón, como bien criticaron Adorno y Horkheimer, se ha resignado a buscar un sentido a la existencia y se ha entregado a la dominación de la Naturaleza mediante el cálculo de objetivos científicos, técnicos y económicos. El desencantamiento del mundo habría, pues, despojado a la Naturaleza no sólo de espíritus y fuerzas divinas, sino también de entidad y valor propios, al asignarle un mero valor utilitario y pragmático, un valor, pues, no en función de lo que es por sí misma, sino en función de lo que puede aportar al ser humano. Este se coloca, así, por encima de una Naturaleza desvalorizada, instrumentalizada y desprovista de su dignidad. En la misma línea, Alicia Puleo dedica todo un capítulo de su libro *Ecofeminismo: para otro mundo posible* a analizar el pensamiento de la Modernidad en torno a la Naturaleza, y concluye que en el discurso filosófico hegemónico esta ha designado tradicionalmente la parte inferior del dualismo Cultura/Naturaleza como «aquello que no tiene su finalidad en sí mismo, aquello que carece de sacralidad o dignidad, lo que es medio para un fin que le es externo»¹⁹.

También María Zambrano reflexionó ampliamente sobre este proceso de racionalización del mundo y criticó el predominio de la razón instrumental como único medio de conocimiento de la realidad, así como la pérdida de valor y sentido que conlleva-

ba para la vida del ser humano. Apostaba entonces por una reforma de la razón que permitiese un conocimiento más amplio de la realidad, pues el pensamiento meramente racional es insuficiente por sí mismo para responder a las preguntas últimas por el sentido de la existencia de la vida humana y del resto de los seres, así como para permitir al sujeto tener una experiencia íntegra de la realidad. La conceptualización y racionalización del mundo aportan claridad e inteligibilidad mediante conceptos que capturan y encierran una realidad múltiple, diversa y en continuo devenir, permitiendo al ser humano asimilarla y manipularla, pero también la reducen únicamente a aquello que permite ser conceptualizado y racionalizado, lo que excluye la dimensión sagrada de la realidad²⁰. En la filosofía de Zambrano, lo sagrado haría referencia a «lo oculto y misterioso, lo no relevado, ambiguo y ambivalente: de lo que no se puede dar razón, ni por tanto al hombre se le puede ocurrir pedirla»²¹.

Zambrano se lamentaba así por el ocultamiento del sentido de lo sagrado característico de la Modernidad, y compartía con Weber²² la idea de que «lo físico, la naturaleza física, para la mente occidental, y especialmente a partir de la fundación de la ciencia física por Galileo, está desprovista de alma, es decir, de vida, mientras que la *physis* del pensamiento griego está animada»²³. La filósofa andaluza reprobaba la desvalorización del mundo que había provocado el modo conceptual que tenía el ser humano moderno de entender y pensar la realidad —y que hoy continúa siendo predominante en Occidente—, frente al modo mágico y sagrado de relacionarse con ella propio de la humanidad en sus primeros estadios, que sería²⁴:

la forma de relación primaria, original, del hombre con la realidad que le rodea. Realidad que todavía no se ha dividido en visible e invisible, y que no ha sido transformada en «cosas». Las cosas ya son conceptos que encierran dentro de sí un misterio que el hombre ha sellado para poderlas manejar con su mente y hasta con sus manos. El misterio inicial con que la realidad aparece está sepultado en las cosas, especialmente en las cosas de la naturaleza.

Este sentido de lo sagrado de la Naturaleza que Zambrano admiraba de las sociedades antiguas

¹⁷ Weber se preguntaba en «La ciencia como vocación» sobre la incapacidad de la razón instrumental científica para enseñarnos algo sobre el sentido del mundo y de la vida humana: «Las construcciones intelectuales de la ciencia son (...) un reino ultraterreno de artificiosas abstracciones que tratan de aferrar en sus pálidas manos la sangre y la savia de la vida real sin conseguirlo jamás. Es aquí, en la vida, (...) en donde late la verdadera realidad. Todo lo demás no son sino fantasmas vacíos desviados de la realidad». Weber, Max. *El político y el científico*, Alianza Editorial, 2012, pp. 195-199.

¹⁸ García Gómez-Heras, José María. «Fundamentación filosófica de la ecoética: el principio de la copertenencia hombre-naturaleza», En: Enríquez Sánchez, José María; Duce Díaz, Carmen; Miguel González, Luis Javier (coords.). *Repensar la sostenibilidad*, op. cit., p. 153.

¹⁹ Aunque Puleo apueste por un ecofeminismo crítico, racional y continuador de la Ilustración, entendida como un proceso de emancipación aún en aras de realizarse, es consciente de que la razón ha sido mitificada por el ser humano y que tanto el feminismo como el ecologismo deben revisar algunas prácticas perversas y no deseables de la Modernidad. No comparte la crítica exacerbada a la racionalidad moderna de algunas ecofeministas ni el proceso de reencantamiento que plantean algunas corrientes de corte místico y religioso —y con las que Zambrano se hallaría más cerca— pero es consciente de que debemos «pensar y pensarnos con otra mirada en la urgencia de los tiempos del cambio climático, sin desandar el camino recorrido por el feminismo ni abandonar los fundamentos que nos han permitido avanzar en él». Puleo, Alicia. *Ecofeminismo: para otro mundo posible*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 409.

²⁰ Gutiérrez Simón, Rodolfo. «Los conceptos y los dioses: máscaras de la realidad y crítica a la Modernidad en Ortega y Zambrano», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 39 (3), 2020, p. 622.

²¹ Zambrano, María. *Persona y democracia*, OCCC., III, ed. de Jesús Moreno Sanz, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, p. 454.

²² En un borrador de *Horizonte del liberalismo*, conservado en el archivo de la Fundación María Zambrano en el M.450, en las pp. 1-40, se encuentran importantes referencias a Max Weber que, sin embargo, fueron omitidas en la edición final del libro. El borrador demuestra, no obstante, que Zambrano conocía la filosofía de Weber y que estaba familiarizada con el desencantamiento del mundo. «Anejos y notas», Zambrano, María. OCCC., I, op. cit., p. 787.

²³ Zambrano, María. «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes», En: *Algunos lugares de la pintura*, OCCC., IV, tomo 2, ed. de Jesús Moreno Sanz, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019, p. 224.

²⁴ Zambrano, María. «Wilfredo Lam», En: *Algunos lugares de la pintura*, OCCC., IV, tomo 2, op. cit., p. 279.

humanas ha estado presente en todas las culturas y ha predominado en la historia más tiempo que la comprensión moderna del cosmos, que desvitaliza y transforma el mundo natural en una «cosa», en mera materia susceptible de ser conceptualizada y manipulada en interés de los propósitos humanos. Entrar en contacto con esa Naturaleza sagrada que no ha sido todavía cosificada ni racionalizada por la razón humana —que sólo busca instrumentalizarla y manejarla «con su mente y hasta con sus manos»— requiere la manifestación de lo divino. Pero en las sociedades secularizadas modernas no hay espacio ya para lo sagrado ni para lo divino. En este sentido, la escritora Karen Armstrong, especialista en religión comparada, sostiene en su libro *Naturaleza sagrada* que el saqueo de la Naturaleza, tratada como un simple recurso, se debería al cultivo, en los últimos quinientos años, de una cosmovisión muy distinta a la de tradiciones antiguas, en las que la Naturaleza y lo divino han sido casi siempre inseparables. Occidente habría desarrollado una idea opuesta de lo que significa lo divino, que no es inmanente en la tradición cristiana, sino distante, pues no se encuentra en la propia Naturaleza, en la realidad física, sino aislado radicalmente de ella²⁵. La reclusión de Dios en los cielos que propone el cristianismo habría, pues, allanado el camino para la desacralización de la Naturaleza y la propia desaparición de lo divino, que ha terminado siendo visto por la razón moderna como algo «imperceptible, indigno de crédito»²⁶.

Así, como señala Julieta Lizaola, «la creciente necesidad del hombre occidental de tiempo y de espacio profano conduce al pensamiento a considerar que es posible un mundo humano sin presencia de divinidades y por lo mismo sin necesidad de mantener una relación con lo sagrado, ámbito del cual es arrancada toda realidad»²⁷. Pero la tragedia del ser humano, decía Zambrano, es no poder vivir sin los dioses. Gómez-Heras sostiene, en este mismo sentido, que «la necesidad religiosa congénita al hombre no se acalla y toma cuerpo en el fenómeno de la *suplantación*»²⁸. El economista francés Serge La-

touche, crítico con el capitalismo productivista y utilitarista y partidario del decrecimiento, cree así que, en su apuesta ciega por el racionalismo como único medio de conocimiento del mundo, como única vía para el progreso humano, la Ilustración desmitificó los antiguos prejuicios y los antiguos dioses, pero en nombre de nuevas divinidades aún más poderosas y titánicas: la Racionalidad, el Progreso, la Ciencia, la Técnica, el Desarrollo económico... a quienes se ofrecen en sacrificio una serie innumerable de víctimas²⁹. Entre ellas, la propia Naturaleza. Todos estos nuevos dioses profanos, nacidos del delirio racionalista, ocupan el espacio vacío que deja la muerte de Dios anunciada por Nietzsche.

Zambrano advertía entonces del advenimiento en su época de «una nueva religión sin Dios, la religión de lo humano», que ha ocupado el puesto de lo divino y hace que el hombre se devore a sí mismo y a lo que le rodea, pues todo dios se convierte en ídolo que requiere un sacrificio³⁰. Envidiando el poder creador del Dios cristiano, queriendo ser como él, ambicionando una vida más allá de la humana, sin responsabilidad, «ilimitada en poder y albedrío, sin necesidad de justificación»³¹, el ser humano occidental se habría apropiado del mundo y estaría destruyéndolo a pasos agigantados, pues esta voluntad de autocrearse echa abajo todos los puentes que le unen con los demás seres del cosmos, comenzando así su vida en solitario³². Para Zambrano, la altísima idea que el ser humano ha tenido de sí mismo y de su razón le habría conducido a separarse del resto de las cosas y creerse dueño de la realidad: «Después del Renacimiento, el hombre (...) se fue idealizando hasta llegar en su soberbia a presentarse una imagen de su existencia coincidente con su ideal. (...) ha reducido el orbe a su medida y todo le es permitido»³³. El endiosamiento del ser humano, como explica la filósofa en *El hombre y lo divino* (1955), vendría dado por las pretensiones absolutistas de su razón —«absolutismo es querer algo de manera absoluta», dirá en *Persona y democracia* (1958), y la razón quiere explicarlo todo por ella misma—.

Por eso la razón moderna, asegura Zambrano, está incapacitada para saber tratar con lo sagrado, pues ha creído, equivocadamente, ser capaz de desvelar todos los secretos de la realidad. Afirmaba en este sentido en *Hacia un saber sobre el alma* (1950) que «los fenómenos naturales pueden ser reducidos por el hombre a fórmulas matemáticas, pero de estas fórmulas trasciende algo innominable, irreductible, que deja al hombre asombrado ante el misterio de su presencia, ante lo impresionante de su belleza»³⁴. La Naturaleza racionalizada, excluida

²⁵ Armstrong lo ejemplifica con la llegada de los primeros exploradores y antropólogos occidentales a las regiones más remotas de Australia, América o África en el siglo XIX, cuando entraron en contacto con comunidades tribales de los pueblos indígenas, y supusieron que los chamanes, al entrar en trance, se internaban en la llamada «esfera sobrenatural». Sin embargo, el chamán desconocía el concepto mismo de lo hoy se considera «sobrenatural», pues no buscaba nada que estuviese más allá o por encima de la Naturaleza. Para él, lo divino y lo sagrado formaban parte de la misma realidad, un todo animado del que lo humano también formaba parte, no como en la tradición cristiana, en la que Dios no constituye una presencia interior que fluye en los seres del mundo que forman un todo animado —al que pertenece también el ser humano—, sino un ser masculino omnipotente y separado de la realidad, confinado en los cielos, que ha entregado además el control del mundo natural al hombre: Adán es nombrado en el Génesis señor de las bestias, dueño de una Naturaleza subordinada a sus designios. Armstrong, Karen. *Naturaleza sagrada: cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*, op. cit., pp. 15-16, p. 52.

²⁶ Armstrong, Karen. *Ibidem*, pp. 68-69.

²⁷ Lizaola, Julieta. «Las categorías de lo sagrado y lo divino en María Zambrano», *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, 18, 2021, p. 89.

²⁸ García Gómez-Heras, José María. «Fundamentación filosófica de la ecoética: el principio de la copertenencia hom-

bre-naturaleza», en: Enríquez Sánchez, José María; Duce Díaz, Carmen; Miguel González, Luis Javier (coords.). *Repensar la sostenibilidad*, op. cit., p. 155.

²⁹ Latouche, Serge. *La apuesta por el decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?*, Icaria, Barcelona, 2008, p. 259.

³⁰ Zambrano, María. *El hombre y lo divino*, OCCC., III, op. cit., p. 109.

³¹ García Maillard, María Luisa. «Presentación», En: Zambrano, María. OCCC., III, op. cit., p. 370.

³² Ginestal Calvo, Sonsoles. «María Zambrano en 1939: el realismo español frente al racionalismo europeo», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 39 (3), 2022, p. 584.

³³ Zambrano, María. *Los intelectuales en el drama de España*, OCCC., I, op. cit., p. 144.

³⁴ Zambrano, María. *Hacia un saber sobre el alma*, OCCC., II,

del ámbito de lo sagrado y convertida en mero objeto de conocimiento, se vuelve así hermética para el sujeto, que pierde la capacidad de asombrarse ante la belleza y el misterio que yace en toda realidad, y que es incapaz de ver en ella una alteridad poseedora de vida, dignidad y valor³⁵. Zambrano creía que la desaparición de lo divino y lo sagrado había vuelto casi imposible la percepción directa de la Naturaleza, «tan desconocida, tan diferente»³⁶ a la luz de la razón humana que, aun iluminando muchos de sus secretos, la había vuelto, paradójicamente, aún más oscura e impenetrable.

En definitiva, el desencantamiento del mundo operado por la razón humana desde la Modernidad habría despojado al mundo natural de su dignidad sagrada. La apuesta ilustrada por la razón como único medio capaz de hacer progresar a la humanidad habría condenado a la Naturaleza a la condición de mero objeto, lo que habría facilitado su explotación y destrucción en nombre del progreso humano. La Modernidad se habría caracterizado por la aplicación de una razón instrumental, que busca la eficiencia y la productividad y ha olvidado reflexionar sobre el valor de la existencia —no sólo humana, sino también de la alteridad—, al dominio de la Tierra, hoy convertida en «simple materia prima pasiva, inerte y atomística»³⁷. Perdido el sentido de lo sagrado y con la razón por bandera, el ser humano se ha divinizado a sí mismo y se ha colocado por encima de una Naturaleza domesticada, cuya función es únicamente servir de alimento para que la humanidad pueda seguir haciendo Historia. Zambrano se sorprendía en este sentido al oír a algunos filósofos, como si se tratara de una victoria, decir que «el Hombre no tiene Naturaleza, el hombre tiene Historia»³⁸.

3. La violencia del pensamiento filosófico frente al apego al mundo de la poesía. La razón poética como alternativa a la razón instrumental.

Las raíces de la crisis ecológica actual, de la que ya alarmaba el incipiente movimiento ecologista en los años sesenta del siglo pasado, se remontan a los propios inicios de la Modernidad y la Revolución científica y al cambio de paradigma filosófico y científico que se produjo en el siglo XVII. Desde entonces, la filosofía y la ciencia modernas han contribuido considerable e indudablemente a aumentar el conocimiento que el ser humano posee sobre el

mundo natural, pero han plantado también la semilla de su destrucción, como resulta evidente hoy en día, y lo han vuelto hermético para el sujeto. La razón comprende mejor los detalles del funcionamiento material de la realidad, pero no es consciente de sus límites a la hora de otorgar sentido y significado a la experiencia humana de la Naturaleza. Para Armstrong, la razón «es incapaz de responder a los interrogantes que plantea el valor último de la vida humana. No puede aliviar nuestros pesares. Tiene en su mano desvelar circunstancias nuevas y maravillosas sobre el universo físico y hacer que las cosas funcionen con mayor eficacia, pero no explicar el sentido de la existencia»³⁹. Entender exclusivamente de manera científica y racional los fenómenos de la Naturaleza ha impedido la reflexión sobre lo que suponen e implican para la experiencia y vida humanas. En este sentido, sostenía Zambrano en *La Confesión: género literario y método* (1943) que⁴⁰:

No cabe negar el gran éxito que ha obtenido el entendimiento moderno en su inquirir a la realidad; esta le ha arrojado ciertos secretos que le permiten manejarla, pero se le ha cerrado en otros, y difícilmente habrá habido nunca ser humano más desrealizado que el que ha sabido adueñarse de tanto resorte, y ejerce tanto dominio.

El racionalismo que pregunta a la realidad exigiendo una respuesta inmediata no sabe, para Zambrano, tratar adecuadamente con la realidad, pues sólo busca controlarla y someterla. La pensadora se alejó entonces de la filosofía racionalista para dirigirse «rectamente hacia el corazón de las cosas» pues, como ha afirmado la profesora especialista en filósofas del siglo XX Elena Laurenzi, rechazaba la razón que sólo se descubre a sí misma y que es incapaz de entrar en comunión con las cosas⁴¹. Y advertía de la necesidad de una forma de pensamiento que pudiera devolver el contacto íntimo con lo otro, que fuese humilde, consciente de sus límites, que no pretendiese conocerlo y reducirlo todo a la forma cerrada del concepto, que no ambicionase encerrar la realidad en un sistema de abstracciones. Esta insuficiencia de la razón moderna, ensoberbecida por sus ansias de dominio de la realidad, fue la que empujó a María Zambrano a recuperar otros saberes que habían quedado orillados por el racionalismo moderno, olvidados y despreciados en los márgenes de la Historia. Como defiende Puleo, «en las zonas en las que no ciega la embriaguez del poder y del éxito, en ocasiones es posible una visión desde otros ángulos, una visión que valora lo que a otros resulta irrelevante»⁴². Así, en su intento de ensanchar la razón humana, Zambrano se propuso «recuperar otros medios de visibilidad» que la mente y los sentidos del ser humano «reclaman por haberlos poseído alguna vez poéticamente, o litúrgicamente, o metafísicamente»⁴³. Entre ellos, la poesía y el arte.

ed. de Jesús Moreno Sanz, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016, p. 437.

³⁵ Chiara Zamboni sostiene que *El hombre y lo divino*, obra donde Zambrano desarrolla sus ideas en torno a lo sagrado y lo divino, es un libro en el que la Naturaleza adquiere una «fuerza hermética envolvente y peligrosa» y que, para Zambrano, es sólo a partir del intercambio simbólico con los dioses cuando «el caos delirante y obsesivo» que constituye la realidad para el ser humano antes de la aparición de los dioses toma el nombre de Naturaleza. Zamboni, Chiara. «Heidegger y María Zambrano: dos formas diferentes de amor a la Naturaleza», *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, 12, 2011, p. 79.

³⁶ Zambrano, María. «El dios oscuro: el verano», En: OCCC., VI, ed. de Jesús Moreno Sanz y Goretti Ramírez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 674.

³⁷ Puleo, Alicia. *Ecofeminismo: para otro mundo posible*, op. cit., p. 92.

³⁸ Zambrano, María. «El dios oscuro: el verano», En: OCCC., VI, op. cit., p. 675.

³⁹ Armstrong, Karen. *Naturaleza sagrada: cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*, op. cit., p. 29.

⁴⁰ Zambrano, María. *La Confesión: género literario y método*, OCCC., II, op. cit., p.90.

⁴¹ Laurenzi, Elena. *María Zambrano, nacer por sí misma*, Horas y Horas, Madrid, 1995, p. 24.

⁴² Puleo, Alicia. *Ecofeminismo: para otro mundo posible*, op. cit., p. 117.

⁴³ Zambrano, María. *Claros del bosque*, OCCC., IV, tomo I,

Zambrano situaba en la Antigua Grecia el inicio de la soberbia del racionalismo, concretamente en Platón, quien condenó a los poetas por no buscar la verdad objetiva y racional de los filósofos, los únicos que podían dirigir el gobierno de la *polis* al ser, también, los únicos capaces de hallar la verdad sobre el ser de las cosas. Comenzaba así el que, para Zambrano, ha sido uno de los errores de Occidente: privilegiar el camino metódico de la filosofía racional sobre la poesía. En *Filosofía y poesía* (1939), Zambrano identificaba el nacimiento de la filosofía y la poesía con un mismo origen: el «pasma originario», el asombro que produce en el ser humano el encuentro con la Naturaleza, la contemplación del mundo sensible, insólito y desconocido, diferente al sujeto. Sin embargo, ambas tomaron caminos distintos: mientras los poetas sentían un profundo apego a lo concreto de la Naturaleza; los filósofos, que intuían en ella un orden que la razón humana podía conocer, se distanciaron para pensarla y, en última instancia, poseerla y dominarla. El filósofo experimenta ese pasmo por las cosas del mundo, pero enseguida siente la necesidad de liberarse de ellas, abandonándolas, rompiendo las cadenas que le atan a lo real con violencia, para emprender un camino metódico que, a través de la abstracción, busca capturar la esencia de lo real mediante ideas, conceptos cerrados. Zambrano criticaba el método de actuar de la tradición filosófica, una razón «violenta e impositiva» que no busca saber tratar con lo otro, con lo diferente del sujeto, sino anularlo, conceptualizándolo y racionalizándolo, reduciéndolo a las categorías cognoscitivas del sujeto⁴⁴.

Al igual que el filósofo, el poeta quiere conocer, aspira a la unidad, pero no a una unidad artificial y conceptual, meramente racional y abstracta, vacía y separada de las cosas del mundo, sino profundamente apegada a ellas, pues «quiere cada una de las cosas en particular con todos sus matices y sus diferencias»⁴⁵. El poeta se recrea en las apariencias del mundo sensible, en el pasmo primigenio que le produce la belleza, el misterio, lo insólito. No ha roto, como el filósofo, con el primitivo asombro que siente el ser humano ante la realidad. En la misma línea, en su libro *El sentido del asombro* Rachel Carson defendía que el asombro era el estado «original para acercarse al mundo», pues provoca que la persona se lance a «descubrir el mundo porque [le] fascina (...), al tiempo [que lo] percibe como algo que no es ajeno», resultando así «una necesidad para disfrutar de la naturaleza y la propia vida»⁴⁶. De ese asombro nace un amor que impide al poeta separarse de la realidad. Está profundamente enamorado de ella, y comparte ese amor mediante el uso de la *poiesis*, de la palabra poética o de la imaginación creativa del arte. La poesía, en definitiva, reconoce la sacralidad y alteridad de la Naturaleza⁴⁷. La imaginación

del poeta infunde vida, valor y dignidad a la Naturaleza desacralizada y desvalorizada a través de la metáfora y de la imagen poética, pues:

el poeta ha sido siempre un hombre enamorado, enamorado del mundo, del cosmos, de la naturaleza y de lo divino en unidad. Y el nuevo saber fecundo sólo lo será si brota de unas entrañas enamoradas. Y sólo así será todo lo que el saber tiene que ser: apaciguamiento y afán, satisfacción, confianza y comunicación efectiva de una verdad que nos haga de nuevo comunes, participantes; iguales y hermanos. Sólo así el mundo será de nuevo habitable. (...) porque enamorarse es forjar unas cadenas, es estar y vivir encadenado sin dolor, con gozo y plenitud en este encantamiento. Quien mira al mundo como enamorado, jamás querrá separarse de él, ni cultivar las barreras que le separan ni las distinciones que le distinguen. Sólo buscará embeberse más y más. (...) Por el conocimiento poético el hombre no se separa jamás del universo, y, conservando intacta su intimidad, participa de todo, es miembro del universo, de la naturaleza y de lo humano y aun de lo que hay entre lo humano⁴⁸.

Ese «saber enamorado» sobre el que construir un nuevo mundo sólo puede darse en la unión de la filosofía y la poesía, pues ambas son insuficientes por sí mismas. Así, la razón poética busca también el ser, entender qué son las cosas, pero no las vuelve «mudas, pasivas, indefinidamente disponibles para la manipulación y el dominio»⁴⁹. Se alza sobre el amor al mundo, no lo desvitaliza y lo objetiviza, y proporciona un conocimiento poético que permite al sujeto reconocer la dignidad y el valor de la alteridad, mantenerse apegado a ella. La razón poética permitía a Zambrano identificar ese modo de conocimiento alternativo, ese contacto íntimo con lo otro perdido por la conceptualización del mundo. Dice Zambrano en *Hacia un saber sobre el alma* que conocer algo es, o debería ser, «detenerse ante ello; quedar hechizado, prendido; darle crédito. Quedar en cierto modo enamorado»⁵⁰. También para Carson desligar conocimiento y afecto ante la maravilla de la Naturaleza suponía un gran error que, además, conducía a su destrucción, pues no hay mejor manera de preservarla que experimentar su grandeza:

poesía permite al ser humano ver lo que no aparece, esa realidad última que sólo alcanza a intuirse por medio de la alusión y la emoción del arte. La experiencia estética, la emoción por lo bello, permiten un acercamiento más íntimo a la Naturaleza que el lenguaje frío y lógico del racionalismo; la escritora recuerda que, a diferencia del discurso moderno medioambiental, «la imaginación antigua tendía a presentar y vivir la Naturaleza en términos más estéticos que científicos». Por ello, la mejor forma de cultivar la percepción de lo sagrado en la Naturaleza es mediante la poesía, no mediante la razón: las verdades relevantes no se transmiten habitualmente por medio del lenguaje preciso y empírico del logos científico. Armstrong, Karen. *Naturaleza sagrada: cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*, op. cit., p. 109.

⁴⁸ Zambrano, María. *Pensamiento y poesía en la vida española*, OCCC., I, op. cit., pp. 570, 575-576, 579, 585, 599.

⁴⁹ Laurenzi, Elena. *María Zambrano, nacer por sí misma*, op. cit., p. 28.

⁵⁰ Zambrano, María. *Hacia un saber sobre el alma*, OCCC., II, op. cit., p. 502.

ed. de Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, p. 161.

⁴⁴ «Anejo» a *Claros del bosque*, En: Zambrano, María. OCCC., IV, tomo I, op. cit., p. 588.

⁴⁵ Ginestal Calvo, Sonsoles. «María Zambrano en 1939: el realismo español frente al racionalismo europeo», op. cit., p. 583.

⁴⁶ Martín R-Ovelleiro, M^a Ángeles. «Prólogo», en: Carson, Rachel. *El sentido del asombro*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2012, pp. 9.10.

⁴⁷ Armstrong, como Zambrano, también defiende que la

(...) no es ni siquiera la mitad de importante conocer como sentir. Si los hechos son la semilla que más tarde producen el conocimiento y la sabiduría, entonces las emociones y las impresiones de los sentidos son la tierra fértil en la cual la semilla debe crecer. (...) Una vez que han surgido las emociones, el sentido de la belleza, el entusiasmo por lo nuevo y lo desconocido, la sensación de simpatía, compasión, admiración o amor, entonces deseamos el conocimiento sobre el objeto de nuestra conmoción⁵¹.

Frente al método de la filosofía racional hegemónica, que cosifica el mundo, la razón poética se levanta sobre el enamoramiento al mismo⁵². El primero capta la realidad reduciendo a los seres que la pueblan en meros objetos que el sujeto aprehende mediante el uso de su razón. Y es esa relación sujeto-objeto la que las desaloja, en suma, de vida. La razón poética, en cambio, permite replantear la relación que se establece entre el sujeto y las cosas de la Naturaleza, por la cual sólo se aparecen como objetos inertes, utilizables, meros instrumentos a la disposición humana. Afirmaba Zambrano en *Los Bienaventurados* que «las cosas no aparecerían como tales cosas si al nombrarlas y al referirnos a ellas [...] esperaríamos de ellas una respuesta, o por lo menos la anheláramos», pues «el ser o aparecer como cosas [resulta] el resultado de una condena que las vuelve disponibles para que nuestra mente las utilice»⁵³.

Así pues, para devolver el contacto íntimo con lo real, para devolver la vida a la Naturaleza desvitalizada, Zambrano consideraba que debían difuminarse los límites entre el sujeto y el objeto, pues si el primero quiere conocer realmente al objeto, debe reconocer el valor propio de su existencia, debe tratarle también como sujeto y no como una simple cosa. De ahí que en *Claros del bosque* (1977) Zambrano invite al lector a recorrer otro camino, basado fundamentalmente en la mística, que le permita saber tratar con lo otro, reconociendo el fondo sagrado de lo real que sigue latiendo en el interior de las cosas de la Naturaleza. En este sentido, la recuperación del misticismo como una forma de conocimiento de la Naturaleza en la disolución de los límites entre sujeto y objeto ha sido ya planteado por algunas teóricas del ecologismo y el ecofeminismo⁵⁴. Para Armstrong, el camino de la mística conduce al olvido de nuestra identidad y a la experimentación de la trascendencia y la unión con el resto de las cosas. Abandonando el «yo» y centrando la atención en la Naturaleza, el sujeto se olvida de sí mismo. El vaciamiento del yo, que siempre fue crucial para la vida espiritual en el pasado, supone no obstante la antítesis de la autoafirmación del yo que defiende el individualismo moderno. El sujeto actual afirma

su identidad, la potencia, la promoción, está obsesionado consigo mismo y no puede salir de ella. Frente al monólogo del yo, Armstrong defiende que hay que «aprender a dejar calladamente a un lado el “yo”» para que se pueda producir el diálogo entre el sujeto y la Naturaleza⁵⁵.

Zambrano experimentó ese vaciamiento del yo en la última etapa de su prolongado y sufrido exilio —que ella identificaba con el proceso de la mística, por el cual uno se desposee de su ser para poder recibir en su interior la revelación del ser y de la verdad—, en mitad de la Naturaleza y en estrecho contacto con ella. La escritura de *Claros del bosque*, obra en la que la Naturaleza se convierte en centro sobre el que giran las obsesiones zambranianas, estuvo muy determinada no sólo por la muerte en 1972 de Araceli, su querida e inseparable hermana, sino sobre todo por el lugar en que se concibió: la localidad de la Pièce, cerca del Jura francés, donde Zambrano vivía en una casa alejada y solitaria, cercana al bosque, lo que le permitía perderse por sus caminos y senderos. Su amiga Cristina Campo le invitaba, de hecho, a hacerle partícipe de sus reflexiones en torno a la Naturaleza, que la cercanía del bosque debió sin duda de enriquecer: «Dimmi della tua foresta sacra»⁵⁶. Así, entre los claros del bosque, embargada por el sonido, el color y la luz de los seres, pero sin intención de ir a captar nada, Zambrano encontró esa reconciliación con lo otro que andaba buscando desde *Horizonte del liberalismo*, esa mirada enamorada de un mundo vivo, reencantado y sacro, ese «saber de oído» que le permitía escuchar aquello que había quedado durante largo tiempo en silencio:

Yo recorría aquellos parajes, aquellos lugares, que fueron los de nuestra vida, con la máxima espontaneidad, y mirando, sin sentir mi mirada... Yo no iba a captar cosas, sucesos, ni seres. Yo no iba a reavivar memoria... Yo no iba por aquellos senderos del bosque desaparecido... a nada, iba a entregarme al entendimiento pasivo, a la pasividad... [...]. En aquellas correrías del bosque, de claro en claro, y de prado, y de sendero en sendero, todo me hablaba, todo me miraba, todo salía a mi encuentro, todo se revelaba, la palabra naciente porque yo veía sentir nacer la hierba, el polvo mismo, las sombras. Todo estaba naciendo y todo crecía. Esa era, la situación mía, cuando andaba por allí⁵⁷.

En una entrevista realizada por su amigo José-Miguel Ullán en 1987, la filósofa daba muestras de su sensibilidad hacia el bosque y de la profunda e íntima conexión que había logrado mantener con él, al mismo tiempo que se lamentaba por su desaparición:

⁵¹ Carson, Rachel. *El sentido del asombro*, op. cit., p. 29.

⁵² Laurenzi, Elena. *María Zambrano, nacer por sí misma*, op. cit., p. 28.

⁵³ Zambrano, María. *Los bienaventurados*, OCCC., IV, tomo 1, op. cit., pp. 78-79.

⁵⁴ Así, la poeta y pensadora californiana Susan Griffith defiende en su libro *Woman and Nature. The Roaring Inside Her* (1978) el misticismo como una manera de recuperar el vínculo perdido entre el ser humano y la Naturaleza. Puleo, Alicia. *Ecofeminismo: para otro mundo posible*, op. cit., p. 46.

⁵⁵ Armstrong, Karen. *Naturaleza sagrada: cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*, op. cit., p. 126.

⁵⁶ Carta de Cristina Campo a María Zambrano. Campo, Cristina. *Se tu fossi qui: lettere a María Zambrano*, Archinto, 2009, p. 57.

⁵⁷ Declaraciones de María Zambrano extraídas de: Mouriño, José Manuel. *El método de los claros* [documento audiovisual], 2020. [27/03/2023]. <https://www.rtve.es/play/videos/somos-documentales/otros-documentales-maria-zambrano-metodo-claros/5474502/>

Comenzaba el bosque cuando comenzaba otro mundo. A veces, llegando acompañada de algunos amigos míos a quienes yo quería mostrar el bosque, a los diez pasos o diez metros, y eran muy hombres, temblaban y me decían: «¿pero es que tú no tiemblos?» Pero volvía la cabeza y estábamos a 10 o 20 o 30 metros del camino, y, sin embargo, era el bosque. Es una guarida, es un ser que atrae y alberga una multiplicidad de seres que se sienten, que se huelen y tienen un misterio. [...] Se apartaba una rama y aparecía un pradillo lleno, todo lleno de violetas, estaba allí escondido, pero yo pasaba sin decir ni pío. [...] No eran secretos, eran misterios y lo era también el dibujarse de las ramas de los árboles que se entrecruzaban cada año de manera diferente. Yo podía saber ya en este, no lo quiero evocar, en el mes de marzo, yo podía ya saber donde nacerían o donde estaban naciendo las violetas, que primeros son blancas, después vienen otras que son como azules, después vienen las moradas más intensas, las casi negras. Entonces otro descubrimiento: allí donde nacía una florecilla cualquiera, y que me perdonen porque ninguna florecilla es cualquiera. [...] Y muchas cosas más. Era la vida, el bosque es la vida y todo puede suceder en él. [...] Pues estoy llorando en este momento acordándome del bosque y acordándome de la corza y de la urraca y de aquel tilo maravilloso al que destruyeron porque tenía que pasar un cable así. Adiós medio tilo [...] por estoy llorando ahora por eso...⁵⁸.

Desde su «choza», como gustaba llamar a su casa, Zambrano pudo presenciar en primera persona la destrucción a la que estaba siendo sometido el bosque, su bosque. En carta a su amigo José Lezama Lima, fechada en La Pièce el 23 de octubre de 1973, Zambrano se mostraba preocupada al respecto:

Es el primer verano y ahora el esplendoroso otoño, que no voy por los campos y por ese camino que me sé árbol a árbol, mata a mata. [...] De otra parte, los árboles los cortan —en todas partes—, las gentes llegan con sus caravanas y sus casitas prefabricadas. Y todo, aquí al menos a causa del crecimiento espantoso de un centro científico que está a varios kilómetros. Sólo pasar delante de esos edificios que ya no se sabe qué cosa sean, las pocas veces que salgo en coche, me da horror. Corroboré el otro día leyendo a Massignón que nunca el hombre occidental ha tenido tanta vocación suicida⁵⁹.

Zambrano apostaba, en definitiva, por un pensamiento filosófico-poético que permitiese escuchar de nuevo a las cosas, entendidas como sujetos a los que nos dirigimos⁶⁰. Un pensamiento que recu-

perase el apego perdido por la materia del mundo sensible, por la Naturaleza desacralizada. La razón poética, que alcanza su máxima expresión en *Claros del bosque*, y que pretende ensanchar la experiencia del sujeto limitada por la insuficiencia de la razón filosófica-científica, reencanta el mundo y le devuelve su valor propio mediante la fuerza vivificadora de la poesía, de la imaginación y del arte. Sobre el amor hacia la Naturaleza brota un nuevo saber más fecundo, un saber humilde, consciente de sus límites, que capta la realidad natural mediante la intuición y la expresa a través de la palabra poética, de la metáfora, de la imagen, herramientas de las que se sirve el poeta para expresar lo indecible, lo que escapa al concepto racional, lo sagrado que anida en el interior de las cosas. Para ello, es preciso abandonarse a la pasividad, al silencio, callar al yo, para que en el diálogo que el sujeto establece con el mundo, este pueda tener también algo que decir. La razón poética devuelve al ser humano a la posición que le corresponde, y que no es la de un Dios omnipotente y separado radicalmente de la Naturaleza, sino la de un «exiliado» que ansía, por encima de todo, volver a la matriz original de la que nació y en la que debe desarrollar su vida: la Naturaleza.

4. Conclusiones

Si la crisis provocada por el racionalismo en el siglo XX —que había sumido al ser humano moderno en un estado que Zambrano denominaba de «orfandad»— podía ser superada, según ella, a través del conocimiento poético, ¿no podría la razón poética zambranianiana alumbrar la oscura crisis ecológica actual, cuyas causas, como se ha visto, se derivan de los problemas no resueltos de la anterior? ¿No podría dejar atrás el divorcio entre el ser humano y la Naturaleza, dando pie a la construcción de una nueva forma de estar y de relacionarse con el mundo que remediase la angustia del sujeto actual, que pusiese fin a sus ansias de dominio y destrucción? La «vocación suicida» del hombre occidental de la que hablaba Zambrano en los años setenta adquiere, desde la perspectiva actual, notas premonitorias sobre el colapso climático y medioambiental ante el que la humanidad se ha abismado por culpa de su incapacidad para respetar y dotar de dignidad a una Naturaleza objetivizada, instrumentalizada y desprovista de vida. El antropocentrismo extremo que diviniza lo humano ha preparado el camino para la destrucción del planeta y, por ende, del propio ser humano —pues no existe uno sin el otro, pese a lo que la soberbia de la razón ha sostenido en los últimos tres siglos—. Un ser humano que ha ignorado todos los límites, ambicionando ser como un dios bajo el paraguas del progreso ilimitado.

Zambrano urge a ser conscientes de esos límites y exhorta al ser humano a que retorne a la posición que le corresponde, y que no es la de un Dios omnipotente y separado radicalmente de la Naturaleza, sino la de ser que, desde la humildad, se sabe integrado y necesitado de ella. Esta soberbia de la razón humana que desprecia el mundo natural y que caracteriza el pensamiento filosófico hegemónico desde la Modernidad obliga a repensar el lugar que el ser humano ocupa en el universo y la

⁵⁸ Ullán, José Miguel. «Conversación con María Zambrano», *Espacio escrito*, 0-1, otoño 1987, pp. 87-88.

⁵⁹ Carta de María Zambrano a José Lezama Lima. Ivizate González, Diana María; González Cruz, Iván. *ALBUR, Revista Cultural Cubana*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002, p. 706.

⁶⁰ Zamboni, Chiara. «Heidegger y María Zambrano: dos formas diferentes de amor a la Naturaleza», op. cit., p. 75.

manera de relacionarse con la Naturaleza y, en última instancia, con la realidad toda, recuperando un sentido de lo sagrado que permita reencantarla, respetarla, admirarla y escucharla, devolverle la vida y entender que no es sólo un recurso a disposición del ser humano, abandonando toda «lógica de dominio» sobre la misma. Reconciliarnos, en definitiva, con ella y con la propia condición humana. Entender que la vida humana depende de la Naturaleza supone abandonar el antropocentrismo extremo y abrazarla pues, como asegura Karen Armstrong, «hemos de comprender que los esfuerzos que actualmente destinamos a concebir políticas efectivas para salvar nuestro planeta fracasarán a menos que (...) nuestros conocimientos, nuestros gobiernos y nuestra espiritualidad estén firmemente asentados en la naturaleza»⁶¹.

No se pueden negar los avances científicos y los éxitos del racionalismo, pero sí es tarea ineludible cuestionar sus excesos, cada vez más a la vista de todos. Y no hay contraposición entre el avance de la ciencia y la recuperación de un sentido de lo sagrado en la Naturaleza, pues no se trata de volver al pasado, de resucitar a los dioses y los espíritus antiguos, ni de recuperar rituales y mitos religiosos arcaicos y trasplantarlos al presente como si las sociedades y las culturas no se hubiesen metamorfoseado en miles de años, sino de recuperar la capacidad de asombrarse y maravillarse ante el misterio que yace en la Naturaleza, ante lo impresionante de su belleza y su magnitud, ante la fuerza de todo lo vivo que, aunque posea una existencia y una conciencia muy distintas a las humanas, está igualmente vivo. Ahí reside lo divino del mundo, lo que permite recuperar un sentimiento de veneración y gratitud hacia la Naturaleza como realidad sagrada. Para ello, Zambrano invita al abandono a la pasividad, a la contemplación, al silencio, a la observación cuidadosa y minuciosa del bosque, para que se produzca la visión de aquello que no aparece a simple vista, pero que es captado por la intuición y expresado por el lenguaje emotivo y vivificador de la poesía enamorada del mundo.

El pensamiento de María Zambrano estaba, en definitiva, encaminado a buscar una nueva definición de ser humano que estuviese en sintonía con el corazón del mundo y que dejase atrás su anhelo de divinización, sus delirios racionalistas, su incapacidad para realizarse en una Naturaleza sobre la que sólo buscar ejercer el control. La razón poética de Zambrano permite el nacimiento de esa nueva subjetividad, que en la sociedad actual no puede ser otra cosa que una subjetividad sostenible que sepa vivir dentro de sus límites, escuchar a la Naturaleza sagrada y tratar adecuadamente con ella. El modo más adecuado de hacerlo es, dice Zambrano, mediante el abrazo de «una nueva razón íntegra que sea capaz también de asumir la realidad en su totalidad, a diferencia de la vieja razón teórica encaminada más hacia el dominio de la *physis*»⁶². En suma, una razón más «ancha». Una razón poética.

5. Referencias bibliográficas

- Armstrong, Karen. *Naturaleza sagrada: cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*, Barcelona, Crítica, 2022.
- Bundgard, Ana. *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta, 2000.
- Campo, Cristina. *Se tu fossi qui: lettere a María Zambrano*, Archinto, 2009.
- Carson, Rachel. *Primavera silenciosa*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Carson, Rachel. *El sentido del asombro*, trad. de M^a Ángeles Martín R. Ovelleiro, Madrid, Ediciones Encuentro, 2012.
- Enríquez Sánchez, José María; Duce Díaz, Carmen; Miguel González, Luis Javier (coords.). *Repensar la sostenibilidad*, Madrid, UNED, 2020.
- Ginestal Calvo, Sonsoles. «María Zambrano en 1939: el realismo español frente al racionalismo europeo», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 39 (3), pp. 581-591. doi: <https://doi.org/10.5209/ashf.79364>
- Gutiérrez Simón, Rodolfo. «Los conceptos y los dioses: máscaras de la realidad y crítica a la Modernidad en Ortega y Zambrano», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 39 (3), 2020, pp. 619-628. doi: <https://doi.org/10.5209/ashf.79353>
- Ivazate González, Diana María; González Cruz, Iván. *ALBUR, Revista Cultural Cubana*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002.
- Latouche, Serge. *La apuesta por el decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?*, Barcelona, Icaria, 2008.
- Laurenzi, Elena. *María Zambrano, nacer por sí misma*, Madrid, Horas y Horas, 1995.
- Lizaola, Julieta. «Las categorías de lo sagrado y lo divino en María Zambrano», *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, 18, pp. 86-95. doi: 10.1344/Aurora2017.18
- Mouriño, José Manuel. *El método de los claros* [documento audiovisual], 2020. <https://www.rtve.es/play/videos/otros-documentales/otros-documentales-maria-zambrano-metodo-claros/5474502/>
- Puleo, Alicia. *Ecofeminismo: para otro mundo posible*, Madrid, Cátedra, 2011.
- Riechmann, Jorge. «Contra el insondable nihilismo que prevalece, precisamos una cultura gaiana», *ctxt*, 23/22/2020. <https://ctxt.es/es/20201101/Firmas/34194/Jorge-Riechmann-doblado-medioambiente-cambio-climatico.htm>
- Riechmann, Jorge. *Gente que no quiere viajar a Marte: ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2004.
- Rifkin, Jeremy. *El Green New Deal global: por qué la civilización de los combustibles fósiles colapsará en torno a 2028 y el audaz plan económico para salvar la vida en la tierra*, trad. de Antonio Francisco Rodríguez Esteban, Barcelona, Paidós, 2019.
- Ullán, José Miguel. «Conversación con María Zambrano», *Espacio escrito*, 0-1, otoño 1987, pp. 87-88.
- Weber, Max. *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

⁶¹ Armstrong, Karen. *Naturaleza sagrada: cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*, op. cit., p. 119.

⁶² Gómez Blesa, Mercedes. «Presentación» a *Claros del bosque*, En: Zambrano, María. OCCC., IV, tomo 2, op. cit., p. 60.

- Zamboni, Chiara. «Heidegger y María Zambrano: dos formas diferentes de amor a la Naturaleza», *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, 12, pp. 74-82. <https://raco.cat/index.php/Aurora/article/view/250309>
- Zambrano, María. *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, ed. de M. Santiago Bolaños, Ourense, Linteo, 2012.
- Zambrano, María. *Obras completas I, Libros (1930-1939)*, ed. de J. Moreno Sanz. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.
- Zambrano, María. *Obras completas II, Libros (1940-1950)*, ed. de J. Moreno Sanz. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.
- Zambrano, María. *Obras completas III, Libros (1955-1973)*, ed. de J. Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
- Zambrano, María. *Obras completas IV, tomo 1, Libros (1977-1990)*, ed. de J. Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.
- Zambrano, María. *Obras completas IV, tomo 2, Libros (1977-1990)*, ed. de J. Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.
- Zambrano, María. *Obras completas VI*, ed. de J. Moreno Sanz y G. Ramírez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.